

REVISTA DE NEURO - PSIQUIATRIA

Lima, Perú

Diciembre, 1989

T. LII. No. 4.

Revista de Neuro-Psiquiatría, 52: 157-159, 1989

HONORIO DELGADO: VEINTE AÑOS DESPUES

El tiempo, devorador inclemente, nos impone su verdad: han pasado veinte años desde la desaparición física del Profesor Honorio Delgado, maestro de imperecedera memoria. Quizá si la circunstancia de haber continuado con una tarea intelectual que le fuera singularmente grata, la REVISTA DE NEURO-PSIQUIATRIA, generó en nosotros, por la perseveración del empeño, una suerte de ilusión de tiempo abreviado, de presencia espiritual cercana, de diálogo ininterrumpido.

Si, en ejercicio de ucronía, pudiéramos tender un puente histórico entre 1969 y 1989 con la revisión de las actividades que para Honorio Delgado fueron de prioritario interés, venciendo su natural reticencia y cediendo a una acuciante demanda de su testimonio, quizá se hubiera expresado en la forma siguiente. En primer lugar, en ejemplar ejercicio de autocrítica, meditaría el maestro sobre su propio tiempo activo, rico en realizaciones tangibles, proyectado al futuro por los gérmenes creativos de su obra, que no sólo se revisa sino que es objeto de cuestionamiento. Y sólo se discute lo que está vivo, lo valioso, lo que tiene sentido histórico. Vería, en estas dos décadas, prolongada su memoria, a través de la REVISTA DE NEURO-PSIQUIATRIA, que fue el tema reiterado aún en los últimos días de su existencia.

Meditaría de inmediato en su país, atormentado por la crisis social más grave del presente siglo. Se remontaría a otros tiempos para juzgar cómo la negligencia en el entendimiento de la naturaleza humana, de la personalidad básica del peruano esencial, la insatisfacción de sus necesidades fundamentales pese a la riqueza potencial de su suelo, por carencia de planeación y desarrollo, son responsables, en lo fundamental, de una trágica realidad en la que la violencia campea por doquier. Su palabra, persuasiva y orientadora, se habría escuchado con respeto en estas circunstancias difíciles.

Con grata complacencia apreciaría que la Universidad Peruana Cayetano Heredia, que contribuyera a fundar y de la que fuera su primer Rector, ha experimentado un notable desarrollo, gracias al impulso de sus forjadores y al renovado vigor de sus generaciones recientes. A más de un cuarto de siglo de su creación, estimaría cómo se enlaza, en la docencia, la excelencia académica y el compromiso social, en beneficio de las colectividades y los asentamientos humanos de su entorno inmediato, el Cono Norte de una Capital

cuya población desborda toda previsión por el centralismo absorbente y la ausencia de una política demográfica consistente. Le complacería la forja progresiva de un "espíritu herediano" — más allá de limitaciones en modo y en medio —, consecuente con la divisa que eligió para su escudo: "Spiritus ubi vult Spirat", "el espíritu se difunde por doquier", de conformidad con la sentencia evangélica de San Juan.

Al recordar las incursiones andinas de los estudiantes heredianos de primera hora, se maravillaría al verificar hoy cómo la energía creadora de ese segmento del Perú profundo, ese humus fecundante del pueblo, perfila el tipo de médico que el país requiere, integrado en conjugados esfuerzos con la comunidad a la que debe servir. Sin extrañeza comprobaría cómo la representación estudiantil en la conducción de la Universidad puede ser, como en efecto lo es, expresión de "buen gobierno", que facilita el armónico diálogo entre docentes y docentes, entre autoridades y trabajadores, identificados con los fines de la Institución, quienes participan de la vida activa en el campus y en la comunidad, animados por la indispensable mística de servicio.

Estaría satisfecho de comprobar que una necesidad, reiteradamente por él expresada, el Instituto Nacional de Salud Mental, es una realidad, pese a la resistencia de quienes, usando su precisa adjetivación juvenil, llamaría "daltónicos del espíritu", que hoy, en una muestra más de filisteísmo criollo y arribismo ignaro, han detenido, temporalmente, su desarrollo. Le agradaría saber que el Instituto Nacional de Salud Mental lleva su nombre, asociado al de Hideyo Noguchi, investigador japonés a quien debió conocer en 1920, pues coincidieron en el mismo lugar, Paita, y por la misma causa, el combate de la epidemia de fiebre amarilla que por aquel tiempo asolaba nuestro Norte. Evocaría la manera como cumplía entonces su única actividad profesional no psiquiátrica, como médico sanitario encargado de defender a la población de los estragos de la fiebre amarilla. El sabio japonés, en el mismo escenario, investigaba la identificación del agente amarílico y la posibilidad de una vacuna.

El panorama general de la asistencia médica lo acongojaría tanto por la situación de abandono de los hospitales públicos, cuanto por el acceso, cada vez más difícil, por los pobres, desde las formas primarias hasta las cada vez más sofisticadas tecnologías de las ciencias de la salud. Reclamaría con vigor la humanización en general de la asistencia, en beneficio de los más frágiles. El estado actual de la atención psiquiátrica lo pondría ante el espectro de un penoso retroceso, de los incipientes progresos verificados en su tiempo y que animó desde las responsabilidades de la función pública y los consejos consultivos, hasta la acción directa, inmediata, en torno al enfermo concreto.

Le apenaría conocer el abandono en que se encuentra su Hospital, el "Víctor Larco Herrera", la lamentable situación de los enfermos, reñida con los más elementales principios, no ya de la asistencia psiquiátrica moderna, sino de los derechos humanos. El que fuera por más de cuarenta años escenario de su labor clínica y de su permanente celo por beneficiar a los enfermos mentales con los tratamientos de mayor desarrollo y probada eficacia, cónsona con los avances de los centros más adelantados. Reconocería cómo,

pese a las demandas de profesionales y trabajadores abnegados, no se logra modificar este orden de cosas por desinterés de los organismos responsables. El Hospital Psiquiátrico, reconocido antaño, gracias a los desvelos de Hermilio Valdizán y de Baltazar Caravedo Prado, como una Institución modelo en América Latina, es hoy penosa muestra de los límites extremos a los que puede llegar la condición humana.

Se ufana de no haber rendido culto al "becerro de oro", aún cuando era el especialista más connotado en Iberoamérica, con consultantes de las más distantes latitudes. Registrarla, con satisfacción, las maneras sobrias de su estilo de vida, su conducta austera que lo expondría al riesgo de una enfermedad terminal sin holgura económica. Apreciarla cómo su único bien, su departamento, es ahora patrimonio nacional aunque la Institución propietaria, Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, se muestra renuente a acatar el acuerdo de la anterior Administración, de convertirlo en Casa-Museo y centro de información y de fomento de la investigación en el campo de las ciencias del hombre.

Optimista al fin de cuentas, como los miembros de su generación, repetirla con Jorge Basadre, frente a la perspectiva drámatica del país, también con una radical, una terca "apuesta por el sí".

Javier MARIATEGUI